

NEW LEFT REVIEW 115

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO - ABRIL 2019

PERSPECTIVAS SOBRE CHINA

SUSAN WATKINS	Estados Unidos vs. China	7
PETER NOLAN	El PCCh y el <i>ancien régime</i>	19
CHRISTOPHER CONNERY	Ronald Coase en Pekín	31
VICTOR SHIH	El dilema del crédito chino	63

ARTÍCULOS

DIDIER FASSIN Y ANNE-CLAIRE DEFOSSEZ	¿Un movimiento improbable?	81
MARK BURTON Y PETER SOMERVILLE	Decrecimiento: una defensa	99
LOLA SEATON	Cuestiones verdes	111

CRÍTICA

FREDERIK VAN DAM	Las ficciones de la cultura	141
ALEXANDRA REZA	Transmigraciones imaginarias	152
REBECCA LOSSIN	Territorio rebelde	162

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

DIDIER FASSIN Y ANNE-CLAIRE DEFOSSEZ

¿UN MOVIMIENTO IMPROBABLE?

La Francia de Macron y el ascenso de los gilets jaunes

EL 22 DE noviembre, después de cinco días de protestas de los *gilets jaunes*, con cerca de dos mil carreteras y rotondas cortadas con barricadas por todo el país y doscientos ochenta mil manifestantes tomando las calles de las principales ciudades, Emmanuel Macron dio la bienvenida en el Elíseo a los periodistas de *Le Monde*. No se trataba de ofrecerles su análisis de este extraordinario estallido, sino de acompañarles en un recorrido por el palacio presidencial donde había realizado una costosa renovación de su suntuoso salón. Les dijo que Brigitte, la primera dama, estaba supervisando el proyecto y alabó su elección de una alfombra de 300.000 euros tejida en la Real Fábrica de Aubusson. «Estamos en un momento de la vida de la nación en el que es necesario invertir», declaraba, y ya que el Elíseo era el escaparate de Francia tenía que tener prioridad¹. Para un presidente que considera la muerte del rey durante la Revolución como un trauma permanente para el pueblo francés, y que piensa que su misión es ocupar el espacio vacío, esta desconexión entre las preocupaciones de la nación y el jefe del Estado —según las encuestas de opinión los chalecos amarillos estuvieron apoyados al principio por el 75 por 100 de la población— podría llamarse un momento Luis XVI, comparable con la anotación en el diario del monarca borbón del 14 de julio de 1789, el día en que cayó la Bastilla: «Nada».

El ejecutivo simplemente no había hecho balance de la magnitud de la movilización de los chalecos amarillos, ni de las quejas acumuladas que

¹ Louis Nadau, «Pendant ce temps-là, Emmanuel et Brigitte Macron reçoivent *Le Monde*... pour parler déco de l'Élysée», *Marianne*, 5 de diciembre de 2018.

se encontraban tras ella. El levantamiento se consideraba un episodio más de una inútil protesta contra sus reformas neoliberales. La experiencia de los dos primeros años de Macron en el cargo —el repetido fracaso de masivas manifestaciones para impedir sus revisiones del código laboral, la reforma del operador ferroviario estatal y los recortes de pensiones— llevaron a París a pensar que se podía capear este último malestar. Consideraba trivial la principal queja de los chalecos amarillos: el aumento de 6,5 céntimos por litro en el impuesto sobre el diésel y 2,9 céntimos para la gasolina, previsto para el 1 de enero de 2019 y que continuaba con subidas similares implementadas en 2018. El propósito declarado del impuesto al carbono era reducir el consumo de combustibles fósiles, un gesto ecológico dirigido a disipar la negativa impresión causada por la dimisión de Nicolas Hulot, el popular ministro de Medioambiente, que había manifestado su frustración por la falta de voluntad política del gobierno en relación con las cuestiones ecológicas.

Persuadidos de su fortaleza y de la debilidad de la movilización en su contra, el presidente y sus ministros se negaron inicialmente a escuchar a los manifestantes. En vez de ello Macron trató de desacreditarles como «una turba detestable» y como «poujadistas» de última hora, una referencia a las movilizaciones contra los impuestos de la década de 1950, cuyo discurso incluía temas antiintelectuales, xenófobos y antisemitas. Macron alegaba que los portavoces de los *gilets jaunes* «apuntaban a los judíos, a los extranjeros y a los homosexuales», incluso aunque desde su concepción el movimiento había rechazado a todos sus autoproclamados representantes². Christophe Castaner, el ministro del Interior, calificó a los activistas como «sediciosos de extrema derecha» —a pesar de su tenaz negativa a asociarse con cualquier partido político— y les comparó con los talibanes por la destrucción (posiblemente accidental) de una llamativa escultura en una rotonda de Châtellerault el 16 de diciembre, después que se prendiera fuego a una barricada para impedir cualquier intento de la policía por despejar la carretera³.

A decir verdad, muy pocos políticos o comentaristas habían anticipado semejantes disturbios, o resultaron capaces de interpretarlos una vez que arraigaron, a pesar de una multitud de publicaciones sobre el tema. ¿Cómo podía un movimiento de base sin líderes, que a menudo estaba

² Emmanuel Macron, «Mes vœux 2019 aux Français», 31 de diciembre de 2018.

³ «Gilets jaunes: Castaner compare l'incendie d'une statue à la destruction des Bouddhas par les talibans», LCI, 18 de diciembre de 2018.

formado por grupos bastante pequeños de manifestantes, monopolizar las noticias nacionales, capturar la atención del mundo y desestabilizar a un gobierno que había llegado al poder arrasando con una victoria arrolladora en 2017? Como ha sugerido Jacques Rancière, es tan difícil entender por qué algunas gentes se movilizan cuando se enfrentan a situaciones que consideran inaceptables, como por qué otras, en condiciones similares o incluso peores, no lo hacen⁴. El estallido de los *gilets jaunes* parece todavía más notable cuando se considera que la mayoría de sus miembros nunca habían participado en una manifestación y negaban cualquier afiliación política o sindical. Por ello habría que ser prudente cuando se interpreta un acontecimiento que se ha descrito como un fenómeno sin precedentes o que se ha vinculado a movimientos tan variados como los *sans-culottes* revolucionarios y el Movimiento 5 Stelle italiano.

Condescendencias

Los comentaristas que ridiculizaron los agravios iniciales de los *gilets jaunes* ignoraron el hecho de que la oposición al aumento de los impuestos sobre el combustible tenía un significado más profundo, arraigado en las transformaciones sociales de las pasadas décadas que las últimas medidas habían simplemente agravado⁵. El empeoramiento de la desigualdad económica desde la década de 1980 se toleraba relativamente bien mientras que los niveles de vida continuaban mejorando para todos, incluso aunque no lo hicieran al mismo ritmo. Pero desde la crisis financiera de 2008, los ingresos del 40 por 100 menos favorecido han caído. La pauperización ha afectado principalmente a aquellos que ya eran los más desfavorecidos, especialmente entre quienes el paro y el subempleo se volvió más frecuente. Al mismo tiempo, el coste de la vivienda, la energía, los seguros y las comidas escolares ha crecido más deprisa que la tasa global de la inflación. Estas tendencias han dejado al segmento inferior de la población con un presupuesto reducido con el que satisfacer sus demás necesidades.

Paralelamente, la subida de los alquileres y de los precios de la vivienda, especialmente en las grandes ciudades, ha obligado a un número cada

⁴ Jacques Rancière, «Les vertus de l'inexplicable—à propos des “gilets jaunes”», *AOC*, 8 de enero de 2019.

⁵ Xavier Molénat, Guillaume Duval y Vincent Grimault, «Inégalités: Les cinq fractures françaises», *Alternatives économiques*, 21 de diciembre de 2018.

vez mayor de personas perceptores de ingresos muy ajustados a alejarse de los centros urbanos, donde muchas de ellas trabajan. El transporte público sigue estando crónicamente subdesarrollado en estas periferias por lo que tener coche resulta esencial. Por ello, el galopante coste del combustible ha recortado los presupuestos de los hogares. En las zonas rurales, el problema es todavía más acusado. Allí, la atrofia de los servicios públicos –desde las oficinas de correos a las estaciones de ferrocarril, desde los hospitales a las escuelas– obliga a la gente a conducir hasta ciudades más grandes para acceder a cualquier clase de servicio. Así, mientras que las subidas de los impuestos tenían poco impacto sobre las capas sociales privilegiadas, porque el combustible representa solamente una pequeña proporción de su presupuesto, constituían una verdadera carga financiera para la gente que vivía a cierta distancia de las ciudades. Se calcula que el impuesto sobre el carbono pesa cinco veces más sobre el decil inferior de la población que sobre el superior, incluso aunque los primeros contaminan mucho menos que los segundos. Además, la propia industria automovilística fue eximida de este impuesto ecológico. A todas estas injusticias se añadía que los conductores de coches diésel consideraban que el nuevo impuesto sobre sus vehículos era especialmente injusto, porque durante décadas el gobierno ha fomentado la utilización de este tipo de motor y por ello se encuentra en más del 60 por 100 de todos los vehículos particulares franceses, sobre todo en los más antiguos que *pertenecen a los usuarios con menores ingresos. Ridiculizados como «paletos» por el portavoz del gobierno, Benjamin Griveaux, los «conductores de coches diésel que fuman pitillos» tenían todas las razones para ponerse un chaleco amarillo*⁶. Es evidente que a los selectos comentaristas políticos parisinos que disfrutaban de la utilización de chóferes, de Uber y del Metro para moverse por la ciudad, así como de los coches híbridos que guardan en las casas de campo donde pasan los fines de semana, les costaba entender estas preocupaciones terrenales en torno a un aumento de varios céntimos en el precio del gasoil.

Esta despectiva actitud, completamente compartida y abiertamente expresada por las autoridades que consideran a los manifestantes «estúpidos, brutales, matones, fascistas, reaccionarios y vulgares», en palabras de David Guilbaud, un alto funcionario que citaba el lenguaje de sus colegas, ha reforzado la sensación de relegación social entre las

⁶ Jean-Michel Bretonnier, «Environnement: Cette France qui roule au diesel et fume des clopes», *La Voix du Nord*, 30 de octubre de 2018.

clases ignoradas⁷. El propio presidente ha hecho múltiples intervenciones públicas denigrantes o condescendientes de ese estilo: ignorando a sus críticos como «haraganes y cínicos»; describiendo a mujeres despedidas de un matadero como «mayoritariamente analfabetas»; trazando un contraste entre «la gente que triunfa y la que no es nada»; deplorando que «estamos poniendo cantidades disparatadas de dinero para obtener mínimos beneficios sociales»; diciendo a un joven que busca empleo que «voy a cruzar la calle y seguro que te encuentro algo», y comentando, en referencia a los chalecos amarillos, que «tenemos que hacer que aquellos que sufren penurias asuman responsabilidades porque algunos se comportan bien, pero otros se dedican a hacer el idiota»⁸. Estas incendiarias declaraciones, que un posterior acto de contrición en su mensaje televisivo del 10 de diciembre no pudo borrar de la memoria colectiva, probablemente expliquen por qué las encuestas de enero mostraban que el 68 por 100 de la población encontraban que Macron era arrogante y que es el presidente más impopular de la historia de la Quinta República: solamente el 23 por 100 tiene una opinión positiva de él⁹. Como señala el historiador Gérard Noiriel, «las luchas populares casi siempre suponen la denuncia del desprecio de los poderosos, y la de los chalecos amarillos no hacen más que confirmar esta regla»¹⁰.

Pero la arrogancia verbal de Macron no es la única causa del espectacular colapso de sus índices de aceptación. Para los manifestantes, sus hechos, más que sus palabras, demuestran su despectiva indiferencia hacia su situación. Las primeras acciones del recién nombrado presidente no dejaron ninguna duda sobre su orientación política. Con el aplauso de los dirigentes empresariales, el antiguo directivo de la banca Rothschild abolió el impuesto de solidaridad sobre la riqueza, reemplazándolo por un impuesto sobre la propiedad inmobiliaria del que estaban excluidos los activos financieros, y recortó el impuesto sobre sociedades, así como las cotizaciones sobre las nóminas que correspondían a los empresarios. En cambio, para equilibrar el presupuesto del Estado, se redujeron las ayudas a la vivienda, los subsidios familiares y las pensiones. No

⁷ David Guilbaud, «“Égoïstes, imbéciles, illuminés, poujadistes, vulgaires”: les Gilets Jaunes vus depuis une certaine haute fonction publique», AOC, 19 de diciembre de 2018.

⁸ Cyril Brioulet, «Maladresse ou arrogance: les dix phrases choc d'Emmanuel Macron», *La Dépêche*, 17 de septiembre de 2018.

⁹ Ipsos Public Affairs, «Le baromètre de l'action politique», 16 de enero de 2019.

¹⁰ Gérard Noiriel, «Les “gilets jaunes” replacent la question sociale au centre du jeu politique», *Le Monde*, 27 de noviembre de 2018.

sorprende que Macron se ganara pronto el sobrenombre de «presidente de los ricos». Su justificación de estas políticas descansaba en la manida teoría del «goteo» según la cual reducir los impuestos a los ricos y a las empresas estimula la inversión, crea empleo y finalmente se demuestra beneficioso para todos. Pero esto no convencía a la mayoría de la población que entendía que el hombre al que habían elegido porque afirmaba no ser ni de derechas ni de izquierdas era de hecho un típico neoliberal. Lejos de rejuvenecer el mundo de la política, como había prometido durante su campaña, Macron parecía simplemente representar a la vieja política con un nuevo traje¹¹. Esta probablemente sea la razón por la que los chalecos amarillos obtuvieron inmediatamente un grado tan extraordinario de apoyo público, a pesar de los trastornos que causaban a la vida diaria de mucha gente. Aunque el número de manifestantes en las calles rara vez haya superado las cien mil personas, la mayoría de la población que expresaba simpatía hacia ellos en las encuestas debería ser considerada como manifestantes por delegación.

Objeto político no identificado

¿Pero está en todo caso justificado considerar las protestas de los chalecos amarillos como un movimiento? Varios aspectos no se ajustan a esta caracterización, especialmente si se considera cómo se desarrolló la movilización en las últimas semanas de 2018. En primer lugar, en vez de ser una manifestación coordinada se trata de un levantamiento espontáneo. Los bloqueos de las carreteras se deciden entre vecinos y amigos. Se producen protestas improvisadas en lugares elegidos en el último minuto a través de las redes sociales. La mayor parte de las veces no se solicita ningún permiso a las autoridades, que no han dudado en declarar que las concentraciones eran ilegales y en detener a cualquiera que se reunía en grupos. En segundo lugar, de sus filas no surgieron líderes ni portavoces. Aquellos que se adelantaron para enlazar con las autoridades, o aceptaron invitaciones para programas de debates, fueron inmediatamente criticados y algunas veces incluso amenazados. En tercer lugar, no hay ningún lema o programa que aglutine a los participantes. Aunque ciertos temas eran recurrentes, por ejemplo, la justicia fiscal, las consignas más escuchadas se dirigían contra el propio Macron, confirmando la atmósfera general

¹¹ Didier Fassin, «Sure looks a lot like conservatism», *London Review of Books*, 5 de julio de 2018.

de desafecto hacia el presidente. Esta movilización poco convencional puede ser considerada, por lo menos en parte, como una consecuencia de la estrategia de Macron de marginar a los «organismos intermedios»: partidos tradicionales aplastados en las urnas, con la excepción del Frente Nacional; sindicatos, descartados en el proceso de reforma laboral, y organizaciones no gubernamentales, a las que el presidente simplemente ha ignorado. De conformidad con su elevada concepción de la soberanía, Macron quería tener «al pueblo» como su único interlocutor. Sin embargo, cuando descubrió que su luna de miel con los votantes había acabado, dado que solamente el 28 por 100 de la población declaraba que confiaba en el presidente, la puntuación más baja jamás alcanzada en la encuesta anual sobre las instituciones, se vio reprobado y se sintió paralizado¹².

Los partidos de la oposición y los sindicatos también estaban desconcertados por esta peculiar movilización, con su oscura base social, sus inusuales prácticas y la poca claridad de sus objetivos, a lo cual se añadía el hecho de que la misma de alguna manera desacreditaba sus formas de acción, menos efectivas, para oponerse a las políticas del gobierno. Los políticos dudaban en apoyar una oleada de protestas descritas por las autoridades y los medios convencionales como violentas, incontrolables e inclinadas hacia la extrema derecha. Tampoco se sentían inclinados a hacerlo viendo cómo los manifestantes rechazaban con fuerza todos los intentos por instrumentalizar su lucha. Fueron Les Insoumis, de Jean-Luc Mélenchon, los que más abiertamente apoyaron a los chalecos amarillos, mientras que el Rassemblement National de Marine Le Pen lo hizo de manera más discreta y quizá más efectiva. Las encuestas sobre intención de voto para las elecciones de mayo de 2019 al Parlamento Europeo indican que este último se ha beneficiado más de la crisis que los primeros, cuyo apoyo ha caído. Mientras tanto, el núcleo del apoyo a Macron conserva su solidez¹³. Por su parte, los principales sindicatos afirmaban que entendían la ira de los chalecos amarillos y compartían su preocupación sobre la capacidad adquisitiva, aunque se mostraban más cautos cuando se trataba de la demanda de rebajar la tributación, ya que los impuestos son el principal instrumento para la redistribución. Sin embargo, a escala local, en Marsella por ejemplo, los sindicalistas se unieron a los manifestantes afirmando que tenían muchas cosas en común.

¹² Madani Cheurfa y Flora Chanvri, «2009-19: la crise de la confiance politique», *Baromètre de la confiance politique*, SciencesPo Cevipof, enero de 2019.

¹³ IFOP, «L'intention de vote à l'élection européenne de mai 2019», 16 de enero de 2019.

Una importante causa de la incomodidad que sentían los personajes públicos se encuentra en la dificultad para comprender quiénes son los manifestantes. Ciertamente está claro que la misma forma adoptada por la movilización hace que cualquier análisis de su composición socio-demográfica sea problemático. Sin embargo, se han hecho estudios *in situ* en las rotondas, a través de redes sociales y encuestas de opinión¹⁴. Las observaciones recogidas hasta ahora por periodistas y sociólogos a lo largo de todo el país sugieren algunas características generales. En primer lugar, los chalecos amarillos son un grupo muy heterogéneo. La mayoría no tiene experiencia de compromisos con movimientos sociales, sindicatos ni partidos políticos. En segundo lugar, reúnen a hombres y mujeres, estas últimas inusualmente bien representadas con el 45 por 100 del total, pensionistas y trabajadores, artesanos y comerciantes, enfermeras y amas de casa, estudiantes y desempleados. La mayoría de los participantes proceden de los estratos superiores de la clase trabajadora o de la clase media baja reunidos por la experiencia compartida de la reducción de sus ingresos, que se han contraído progresivamente por las subidas de los impuestos y el aumento de los gastos. En tercer lugar, la mayoría reside en las periferias de las ciudades, así como en zonas rurales despobladas donde hay un doloroso sentimiento de abandono por parte del Estado. La expresión «la Francia periférica», tan a menudo utilizada para caracterizarles, debería por ello tomarse en el polisémico sentido de aquellos que ocupan –o que consideran que ocupan– una periferia política, social y espacial. En opinión del sociólogo Serge Paugam, el movimiento de los chalecos amarillos representa «la venganza de los invisibles» contra el «desprecio social» de las elites¹⁵.

Pero como ha mostrado el geógrafo Hervé Le Bras, en contra de la impresión general, la distribución del movimiento a lo largo del país no va en paralelo con el voto a la extrema derecha. Tampoco se agrupa en las zonas más empobrecidas¹⁶. Significativamente, Seine-Saint-Denis, el departamento más desfavorecido de Francia con una gran población

¹⁴ Benoît Coquard y Eric Aeschmann, «Des femmes, des abstentionnistes, des bandes de copains... Un sociologue raconte les gilets jaunes», *BibliObs*, 1 de diciembre de 2018; Collectif, «Qui sont vraiment les “gilets jaunes”? Les résultats d’une étude sociologique», *Le Monde*, 26 de enero de 2019; Luc Rouban, «Les “gilets jaunes”, une transition populiste de droite», *The Conversation*, 28 de enero de 2019.

¹⁵ Serge Paugam, «Face au mépris social, la revanche des invisibles», *AOC*, 7 de diciembre de 2018.

¹⁶ Pascal Riché, «La carte des “gilets jaunes” n’est pas celle que vous croyez», *L’Obs*, 21 de noviembre de 2018.

inmigrante, no ha tenido bloqueos de carreteras ni manifestaciones en la calle. Esto es realmente paradójico, una de las características más obvias y a pesar de ello menos percibidas de los *gilets jaunes*: no incluyen a los elementos sociales más desfavorecidos. Los habitantes de proyectos de viviendas administrativamente denominados «vecindarios en dificultades» o «zonas urbanas sensibles», donde la segregación socioeconómica y etnoracial es más acusada, han estado ausentes de las movilizaciones, a diferencia de su papel dirigente en anteriores estallidos de malestar. Mayoritariamente de ascendencia africana, sufren los índices más altos de desempleo y pobreza. Muchos hogares no poseen un coche. Reciben muy poca inversión en servicios públicos, relacionándose con el Estado a través de los agentes de la policía más que de los trabajadores sociales. Sus escuelas están crónicamente faltas de profesores. Cuando se les entrevista, declaran que realmente no se identifican con un movimiento que es mayoritariamente blanco. Aunque no manifiestan desaprobación por las protestas, encuentran paradójico, no obstante, que los chalecos amarillos parezcan estar descubriendo lo que ellos han estado sufriendo durante décadas: marginación social, penurias económicas y violencia policial, unos procesos de los que nadie parecía preocuparse hasta ahora¹⁷.

Poder popular

Aunque la revuelta ha articulado un abanico extraordinariamente diverso de quejas, hay dos temas principales que recorren el programa de los chalecos amarillos: justicia social y renovación democrática¹⁸. El primero de estos temas se centra principalmente en los impuestos, considerando totalmente injustos los recientes cambios en la normativa fiscal. La demanda más popular es la restauración del impuesto de solidaridad sobre la riqueza. Pero el tema de la capacidad adquisitiva también ocupa un lugar central, lo cual se traduce en llamamientos para el aumento del salario y la pensión mínimos. Resulta interesante que el discurso de los chalecos amarillos desplace la cuestión social desde la tradicional atención a la pobreza a la discusión más explosiva sobre la desigualdad. Por ejemplo, proponen un sistema fiscal más progresivo, la abolición de los beneficios de por vida para expresidentes, y un máximo de veinticinco estudiantes por aula para ayudar a mejorar el pobre rendimiento del

¹⁷ Éric Marliere, «Les “gilets jaunes”, vus par les quartiers populaires», *Slate*, 9 de enero de 2019.

¹⁸ Jérémie Chayet, «Liste des 42 revendications des gilets jaunes», *Mediapart*, 2 de diciembre de 2018.

sistema educativo francés en comparación con otros países. También expresan su solidaridad con los más desfavorecidos. Entre las cuarenta y dos demandas que los manifestantes finalmente confeccionaron en enero, una de ellas era la de «cero sin techo» –una de las promesas de Macron antes de su elección– y otra postulaba un mejor tratamiento para los solicitantes de asilo, incluyendo la mejora de la seguridad, la vivienda, la alimentación y la educación. Al contrario de las insinuaciones del presidente, y frustrando las esperanzas de Matteo Salvini, el ministro del Interior italiano que les prometía su apoyo, la mayoría de los manifestantes no mostraban ninguna hostilidad hacia los migrantes. En vez de ello, pedían «una política de integración real». Este posicionamiento, desde luego, no excluye una simpatía hacia la extrema derecha entre una minoría de los participantes.

Por otra parte, las deficiencias de la democracia representativa francesa se denunciaron sin reservas. Con un presidente elegido por menos del 25 por 100 del electorado en la primera vuelta, y un Parlamento que carece de un solo representante obrero –el 20 por 100 de la población activa– se puede decir que ni el ejecutivo ni el legislativo representan al pueblo. Además, el molde presidencialista de la Quinta República ha adquirido una forma extrema en los dos últimos años a medida que Macron ponía en marcha su «estilo jupiteriano», sorteando al Parlamento para decidir todo por sí mismo y desestimando cualquier mediación¹⁹. Oponiéndose a esta autocrática forma de gobierno, en la que el soberano solamente piensa en su relación con el pueblo en términos pedagógicos para explicarle por qué gobierna de la manera en que lo hace, los chalecos amarillos proponen asambleas sin nadie que las presida, debates igualitarios y prácticas solidarias. Su propuesta insignia es la consulta a la población en un referéndum sobre temas solicitados por la ciudadanía sin la intervención del presidente ni del Parlamento, como se hace en Suiza e Italia. También piden una ampliación del mandato presidencial de cinco a siete años de manera que los representantes no sean elegidos inmediatamente después del jefe del Estado, lo que garantiza virtualmente que la mayoría de la Asamblea nacional pertenecerá a su partido y dócilmente seguirá sus instrucciones. Para los *gilets jaunes*, semejante cambio constitucional ayudaría a que «se escuchara la voz del pueblo». Indudablemente, mucha gente en la izquierda ha sido desde hace mucho tiempo más radical presionando por el advenimiento de la Sexta República.

¹⁹ Hélène Combis, «“Président jupiterien”: comment Macron comptait régner sur l’Olympe (avant les Gilets jaunes)», *France Culture*, 11 de diciembre de 2018.

La heterogeneidad de los chalecos amarillos, la diversidad de sus demandas y, más que otra cosa, su éxito ante la opinión pública, ha provocado unas erráticas y contradictorias reacciones por parte del gobierno. Sobresalen especialmente tres momentos. Inicialmente, mientras el presidente permanecía en silencio durante un periodo inusualmente largo, su gobierno se atuvo a su política esperando que la movilización se agotara a medida que se acercaban las vacaciones de Navidad. El primer ministro Édouard Philippe declaraba que el salario mínimo no se aumentaría, ya que ello sería inconsistente con la reducción de impuestos a las empresas, y que el incremento del impuesto sobre el combustible se mantendría en nombre de la protección medioambiental. En el supuesto enfrentamiento entre aquellos que se preocupan por lo que les queda «a final de mes» y aquellos más preocupados por el «fin del mundo», el gobierno estaba del lado de estos últimos, una posición retórica que suena a hueco habida cuenta de las regresivas políticas de Macron sobre pesticidas, plantas nucleares e industrias extractivas.

Entonces, como las protestas continuaban y algunos políticos de la mayoría presidencial pedían una actitud menos despectiva, se hicieron una serie de concesiones con ambiguas implicaciones para la desigualdad social y la estabilidad económica. El aumento del precio del combustible quedó aplazado y finalmente cancelado. El salario mínimo fue elevado mediante una prima especial pagada por el Estado, en vez de por los empresarios, trasladando así el coste a los contribuyentes. Los pagos por las horas extraordinarias fueron eximidos de impuestos y cotizaciones, algo irrelevante para los empleados en el fondo de la escala salarial, que no ganan suficiente dinero como para pagar impuestos por sus ingresos. Los jubilados con los ingresos más bajos recibieron la exención de un nuevo recargo, pero las pensiones fueron desvinculadas de la inflación haciendo posible por primera vez que su valor real disminuya. Las prestaciones sociales básicas no aumentaron y el impuesto de solidaridad sobre la riqueza no se restauró. Este paquete de medidas fue presentado por Macron como un gran «giro social», pero no hacía nada para ayudar a los segmentos más desfavorecidos de la población mientras suponía un ahorro para el mundo empresarial y para los más privilegiados. También colocaba una pesada carga sobre las finanzas del Estado, profundizando su déficit y augurando nuevos recortes de los servicios públicos.

Finalmente, el 13 de enero, enfrentado con un continuo malestar, el presidente intentó sortear a los chalecos amarillos y detener su impulso

anunciando «un gran debate nacional», que duraría tres meses y estaría abierto a todo el mundo. Aunque la iniciativa se presentaba como un cambio respecto al estilo vertical que ha caracterizado los primeros años en el poder de Macron, pasando a un modo de gobierno más horizontal, hay muchas señales de que el presidente ha amañado todo el proceso. Los cuatro temas y las ochenta y dos preguntas para guiar la discusión estuvieron decididas por adelantado²⁰. Corresponden en parte a las reformas que ya estaban en marcha –por ejemplo, la reducción del número de representantes y senadores– y utilizan formulaciones que predeterminan la respuesta: «Para rebajar los impuestos y reducir la deuda, qué gastos públicos deben recortarse en orden de importancia?». Algunos temas considerados decisivos por los chalecos amarillos –referendos ciudadanos, restauración del impuesto solidario en la riqueza, medidas para aumentar el poder adquisitivo de la gente– han quedado excluidos *a priori*. Otros se han añadido a pesar de no tener ninguna relación con las demandas de los manifestantes, en ocasiones con una clara intención divisiva. Este es especialmente el caso de las preguntas sobre la *laïcité*, que simplemente perpetúan el foco del Estado sobre la minoría musulmana francesa –«¿Cómo propone usted que se fortalezcan los principios seculares en las relaciones entre el Estado y las religiones presentes en nuestro país?»– e inmigración, que complacen al partido conservador, Les Républicains: «¿Quiere usted que se establezcan cuotas anuales definidas por el Parlamento?». La organización del debate está bajo el control de dos ministerios, y el marco para analizar la información producida es opaco. La Comisión Nacional de Debates Públicos, a la que se le había pedido que supervisara el proceso para asegurar su transparencia y neutralidad, decidió retirarse cuando no se respetaron sus propuestas. La presidente de la comisión, Chantal Jouanno, criticó la falta de imparcialidad del debate y su orientación paternalista. En una encuesta de opinión del 21 de enero de 2019, la mayoría de la gente tenía una opinión positiva de la iniciativa, pero el 62 por 100 pensaba que el gobierno no tomaría en cuenta sus resultados. Entre la gente que mostraba simpatía por los chalecos amarillos, este pesimismo estaba todavía más generalizado, llegando al 79 por 100²¹.

²⁰ Lucas Mediavilla, «Grand Débat: les 82 questions soumises aux Français sur Internet», *Les Échos*, 16 de enero de 2019.

²¹ OpinionWay, «Pour 67% des Français, le Grand débat national est “une bonne chose”», ICI, 22 de enero de 2019.

Estado de represión

Aunque los posicionamientos y opiniones de Macron y Édouard Philippe pueden haber cambiado con el tiempo, hay un elemento que ha permanecido constante desde que empezaron los disturbios: la excepcional dureza de las medidas represivas tomadas contra los manifestantes. De acuerdo con el criminólogo Fabien Jobard, el número de personas heridas «supera todo lo que se ha visto en Francia desde mayo de 1968»²². Ha habido más heridos por armas policiales en dos meses que en los anteriores diez años. En ausencia de datos del ministro del Interior, un recuento no exhaustivo de heridos realizado por el colectivo Contra la Violencia del Estado, confirmado por el periodista independiente David Dufresne, muestra que ciento once personas han sido gravemente heridas en la primera semana de enero²³. La mayoría de las heridas fueron causadas por balas de goma lanzadas por escopetas Flash-Ball y por las granadas *sting*, artefactos utilizados para el control de revueltas que no se utilizan en la mayoría de los países europeos. Una mujer de ochenta años murió después de ser alcanzada por una granada. Tres personas entraron en coma después de que recibieran el impacto de pelotas de goma. Cuatro personas perdieron la mano. Dieciocho un ojo. Dos tercios de las víctimas recibieron disparos en la cabeza, sufriendo daños en el cerebro, aunque las armas en cuestión se supone que se apuntan al tronco y a las extremidades. Un reportero de guerra que había evitado ser herido mientras trabajó en Bosnia, Afganistán, Libia, Chad, Iraq y Siria, fue herido por primera vez en París. De hecho, las personas que filmaban las manifestaciones, incluidos los periodistas, se convertían en un objetivo específico de la policía.

El 15 de enero, Christophe Castaner declaraba que «él no tenía conciencia de que ningún policía o gendarme hubiera atacado a los chalecos amarillos»²⁴. Su negativa señalaba que el gobierno iba a apoyar a los agentes del orden al margen de la violencia física a la que recurrieran. Cinco días más tarde, cuestionado por las críticas sobre lo que se llamaban «mentiras del Estado», un portavoz del gobierno reconoció finalmente la existencia de

²² Fabien Jobard, «Face aux “gilets jaunes”, l’action répressive est d’une ampleur considérable», *Le Monde*, 20 de diciembre de 2018.

²³ Désarmons-les, «Recensement provisoire des blessé-es des manifestations du mois de novembre-décembre 2018», 4 de enero de 2019.

²⁴ Anthony Berthelie, «Ces gilets jaunes furieux de la pitite phrase de Castaner sur les violences policières», *HuffPost*, 15 de enero de 2019.

ochenta y una investigaciones concluidas por la Inspección de la Policía Nacional por actos de violencia perpetrados por funcionarios de la policía. Sin embargo, la inusual brutalidad policial no puede atribuirse simplemente a la iniciativa de los agentes, siendo en realidad consecuencia de la reciente evolución de las políticas del Estado. Después de los ataques terroristas de 2015 se declaró el estado de emergencia. Dos días antes de que acabara oficialmente, el 1 de noviembre de 2017, Macron mandó al Parlamento una nueva ley de seguridad²⁵. Incluía la mayoría de las medidas que hasta entonces estaban limitadas a una situación de emergencia, especialmente la ampliación de las prerrogativas de la policía y la licencia para prohibir manifestaciones. Unos poderes que originalmente se justificaban como necesarios para efectuar operaciones antiterroristas se han convertido en la forma habitual de intervención policial para controlar las protestas. Esto incluye la presencia de francotiradores en los tejados de los edificios –confirmada por sindicatos policiales– la posesión de rifles de asalto y la utilización de armas que causan mutilaciones. Lo que era la excepción se ha convertido en la norma.

Espectáculo de violencia

Sin embargo, no hay que dejar de señalar que durante las primeras seis semanas de las protestas los medios de comunicación nacionales e internacionales guardaron un total silencio sobre estos heridos entre los manifestantes. No informaron sobre la violencia policial, porque en realidad estaban absorbidos por la violencia de la multitud. Las emisiones de televisión reprodujeron una y otra vez las imágenes de destrucción y saqueo en los Campos Elíseos. Las primeras planas de los periódicos mostraban fotos de barricadas nocturnas incendiadas, mientras los editoriales describían escenas de caos. Durante la manifestación del 5 de enero de 2019, un antiguo campeón de boxeo fue filmado pegando un puñetazo a un policía protegido tras su escudo, que fue ligeramente herido, lo cual se convirtió en titulares durante varios días, generando indignadas reacciones del gobierno, sindicatos policiales y expertos de todo tipo en los medios. No se mencionaba a las siete personas que el mismo día habían sido seriamente heridas por la policía, sufriendo lesiones cerebrales, heridas en la cara o la pérdida de un ojo. Las razones por las que la mayoría de los medios de comunicación ofrecieron

²⁵ Paul Cassia, «Sortie de l'état d'urgence temporaire, entrée dans l'état d'urgence permanent», *Mediapart*, 31 de octubre de 2017.

esta selectiva representación del movimiento son probablemente de varios tipos: algunos se apoyaron excesivamente en la versión oficial de los acontecimientos facilitada por las autoridades; otros anticipaban las expectativas de sus propietarios, que a menudo están relacionados con el gobierno, mientras que otros más simplemente sentían desprecio hacia los chalecos amarillos. Por encima de todo, buscaron historias e imágenes que atrajeran a las audiencias.

Como ha señalado el sociólogo Laurent Mucchielli, «la violencia produce resultados de asombro/fascinación/repulsión que impiden la reflexión»²⁶. En ese aspecto, el material sensacionalista y los relatos alarmistas pueden llevar al público a olvidar que durante décadas la presencia de grupos o individuos violentos ha sido una característica habitual de las manifestaciones en Francia y que, en el caso de los disturbios de los agricultores, se quemaron edificios públicos sin que se desencadenara semejante indignación. La violencia en algunas de las manifestaciones de los *gilets jaunes* es indiscutible. Sin embargo, la desfiguración del Arco del Triunfo durante las protestas en París del 1 de diciembre de 2018 provocó más emoción y más denuncias que la muerte de ocho personas en el desplome de un deteriorado edificio en el centro de Marsella, donde los residentes locales y los chalecos amarillos se manifestaron pacíficamente el 2 de diciembre contra las deplorables condiciones de alojamiento de los pobres. Como si la «violencia» de un grafiti en un monumento nacional fuera más escandalosa que la violencia de una mortal negligencia de las autoridades. Y cuando Macron afirmó acusatoriamente que diez personas habían muerto debido a los bloqueos de carreteras, se estaba refiriendo a las desafortunadas víctimas de accidentes de tráfico causados por vehículos que trataban de atravesar o rodear las barricadas.

Centrándose exclusivamente en la violencia de una minoría de los manifestantes, y de los alborotadores infiltrados en sus filas, mientras se ignoraba la brutalidad de la policía, los medios de comunicación han respaldado obedientemente la narrativa oficial de los acontecimientos y contribuido a la normalización de la violencia policial en las manifestaciones. El 5 de diciembre, por ejemplo, el gobierno declaraba que los manifestantes estaban dispuestos a marchar sobre la capital para «destruir y matar». Un frustrado *gilet jaune* recurrió a abordar en Facebook una emisión de la televisión: «Miles de pacíficos chalecos amarillos cerca de la Ópera en París, ¿mostraréis esas imágenes?». Respondiendo

²⁶ Laurent Mucchielli, «Comment analyser sociologiquement la colère des Gilets Jaunes?», *Mediapart*, 4 de diciembre de 2018.

a la inclinación progubernamental de la mayoría de los medios de comunicación y a sus tendenciosas representaciones de las protestas, los chalecos amarillos a menudo han mostrado hostilidad hacia los periodistas, algunas veces incluso los han asaltado, y prefieren apoyarse en las redes sociales y los espacios alternativos de noticias donde abunda tanto la información útil como las noticias falsas.

La paradoja es que el mismo conglomerado de los medios de comunicación que correctamente ha sido acusado de vilipendiar a los chalecos amarillos y tergiversar sus protestas, también ha dado al movimiento el oxígeno de la publicidad. Sin la amplia cobertura de la que han disfrutado desde el principio, es poco probable que hubieran recibido una atención pública tan extraordinaria. Después de todo, otras movilizaciones acaecidas durante los últimos años han sacado a la gente a la calle sin despertar demasiado interés y una protesta sobre el aumento del impuesto sobre el combustible no era aparentemente un tema muy excitante. Lo que marcó la diferencia en el caso de los chalecos amarillos fue el espectáculo de la violencia. Esta es otra paradoja que hay que resaltar. Las mismas imágenes y narrativas, que mostraban a los manifestantes bajo una luz negativa, suscitaban atracción a escala mundial. No fue una casualidad. Los lugares y monumentos simbólicos fueron deliberadamente escogidos como escenario para las iniciativas de la multitud. Debido a que las destrucciones y saqueos durante la tercera manifestación del 1 de diciembre se produjeron mayormente en la afamada capital del país, la protesta se convirtió en un fenómeno global provocando comentarios de apoyo en todo el espectro político, desde Salvini en la derecha a Sahra Wagenknecht en la izquierda. También generó movilizaciones similares, desde Bélgica a Taiwán, y en Egipto un abogado entró en prisión por haber subido una fotografía de sí mismo con un chaleco amarillo. El gobierno francés tenía que tomarse las cosas en serio ahora. La mayoría de la población, aunque desaprobaba los excesos de la multitud, continuaba simpatizando con la movilización, como si considerara que la violencia física de los manifestantes fuera una respuesta comprensible –si es que no justificable– a la violencia estructural de la sociedad.

Significado e incertidumbre

Siendo tan reciente el inicio de la movilización de los chalecos amarillos resulta difícil sacar conclusiones definitivas sobre su significado y su futuro. Demasiado a menudo, el movimiento ha sido considerado

un movimiento *sui generis*, cuando de hecho se pueden hacer comparaciones útiles con otras movilizaciones que se han producido durante la década pasada en España, Italia y Grecia. Hay indudables similitudes: ira ante el deterioro del poder adquisitivo y ante las disfunciones de la democracia representativa; heterogeneidad social y política de los manifestantes, con un papel significativo desempeñado por los trabajadores con empleos precarios y recién llegados a la militancia, especialmente mujeres; ocupación de espacios públicos y utilización de las redes sociales; ausencia de líderes y de estructuras formales, por lo menos en las primeras fases de estos movimientos. No obstante, hay dos factores que podrían singularizar el caso francés: la canalización de la ira de la gente hacia la figura del presidente que se ha convertido en el símbolo de un neoliberalismo arrogante y autoritario, y la historia de luchas del país a favor del Estado social, que sigue siendo parte del imaginario colectivo.

Estas hipótesis tendrán que confirmarse. Lo que puede decirse con cierta confianza es que la movilización de los *gilets jaunes* constituye un acontecimiento con mayúsculas, en el sentido de que supone una ruptura temporal en el curso de las cosas con un antes y un después. El cuestionamiento de la injusticia social y de las prácticas democráticas sin duda no es algo nuevo, pero en esta ocasión ha tenido impacto entre la población en general, por lo menos entre la clase trabajadora ampliamente definida. También ha tenido interesantes consecuencias en el mundo académico, ya que pocas veces los sociólogos y los teóricos sociales reaccionaron tan rápidamente ante el tumultuoso transcurso de los acontecimientos, a riesgo de proyectar sus propios deseos y expectativas, pero con la virtud de contribuir al dinamismo colectivo. Dos meses después del comienzo del movimiento, ya han aparecido tres libros de múltiples autores en importantes editoriales²⁷. Esta efervescencia intelectual es una señal.

Lo mismo sucede con la proliferación de debates en todos los sectores de la sociedad. No resulta inesperado que muchos conservadores se muestren despectivos o desconfiados con los *gilets jaunes*, mientras que la mayoría de los progresistas están cautivados por su potencial para liberar un sistema social y político paralizado, aun siendo conscientes de las tensiones y contradicciones presentes en el movimiento. Al reclamar

²⁷ Joseph Confavreux (ed.), *Le fond de l'air est jaune: Comprendre une révolte inédite*, París, 2019; Colectivo, '*Gilets jaunes*': *hypothèses sur un mouvement*, París, 2019; Colectivo, *Gilets jaunes: Des clés pour comprendre*, París, 2018.

que ellos son el pueblo y al enfrentarse a la legitimidad de la elite, los chalecos amarillos están posiblemente situándose en la tradición populista. Sin embargo, no todos los populismos son idénticos. Nadie sabe si este movimiento evolucionará hacia formas más reconocibles, pero por lo menos ha recordado a los políticos franceses la existencia de una categoría que había desaparecido de su vocabulario: *les classes populaires*.